

"De más lejos", de Miguel Briante

Los gauchos fumados

Por Juan Forn

Miguel Briante nació en 1944, en General Belgrano. A los diecisiete años ganó en Buenos Aires un famoso concurso organizado por la revista *El Escarabajo de Oro* (en el jurado estaban Beatriz Guido, Dalmiro Sáenz, Humberto Costantini y Augusto Roa Bastos) y antes de cumplir los veintitrés había publicado dos libros de cuentos tan cortos como extraordinarios (*Las hamacas voladoras* y *Hombre en la orilla*). Pero debieron pasar veinte años para que publicara su tercer libro de cuentos (*Ley de juego*), que en realidad rescataba y reordenaba su breve obra cuentística anterior y le agregaba apenas veinte páginas, en forma de cuatro cuentos nuevos: los que él llamaba "de gauchos fumados". En esos veinte años intermedios, Briante se dedicó al periodismo con los dientes apretados y sufrió el karma de los escritores poco prolíficos: que se le exigiera más obra, que se lo viera como una promesa malograda, que se fueran olvidando de su voz literaria.

En el medio intentó una novela (*Kincón*) que pareció clausurar su vínculo con la literatura: por lo que pudo o lo que no pudo poner en ella (eso lo sabía sólo él, y daba versiones diferentes del asunto según su humor). Lo cierto es que después de ese libro, que terminó a los veintiséis años (aunque publicó bastante más tarde y fantasmalmente, en la horrible Argentina de 1975), empezó un vaivén que iba a ser el leitmotiv del resto de la vida de Briante, hasta que murió prematuramente, a los cincuenta años: dejar el periodismo para poder escribir, añorar el periodismo cuando estaba afuera.

La publicación póstuma de sus mejores crónicas (en el volumen titulado *De este mundo*) demostró no sólo que Briante no había sido tan poco prolífico como siempre se lo "acusó" (la gran mayoría de esas crónicas, escritas bajo la presión y las limitaciones del cierre diario, han resistido más que airosas el paso del tiempo) sino que ese ejercicio a regañadientes del oficio periodístico le era a Briante tan necesario como respirar: un tipo como él no podía vivir sin contar historias. Eso es lo que se llama "respiración narrativa", y se practica no sólo publicando libros sino en la máquina de escribir de una redacción o incluso en la tertulia trasnochada de un bar.

El cuento que se reproduce en estas páginas es uno de los protagonizados por esos "gauchos fumados" de Briante. Sucede en General Belgrano, o más precisamente "en lo de Arispe", una mezcla de boliche de pueblo y sala de espera existencial ambientada en la nada que es el territorio por excelencia del universo narrativo de Briante. En ese boliche, como en la literatura, no pasa convencionalmente el tiempo (o pasa lejos, que viene a ser lo mismo). En ese boliche puede entenderse lo que significa para Briante ese rito que vulgarmente se conoce como el ejercicio de la palabra: las historias que tenemos adentro van haciéndose cada noche más grandes dentro de nosotros, hasta que nos decidimos a contarlas. Y uno cuenta una historia para saber cómo termina, para saber si esa historia vivirá. De eso se trata, en el fondo, todo el asunto: de lograr, como fue el caso de Briante, que cuando uno muera, la historia que contó siga viviendo.

A don Enrique Wernicke.

Miguel Briante

De más lejos

Entre las dos raíces de eucalipto que empezaban a quemarse, así de grandes todavía, en el hueco del medio, abajo, ardió furiosamente un tronco más chico, que hacía un rato habían tirado al fuego. Ardió en llamas altas y se perdió.

–Los troncos arden más que nunca justo antes de gastarse para siempre –dijo en voz alta Belisario, el que fue maestro de la escuela siete. Se lo miró, como a cada uno que hablaba.

–No sabía que también te llamabas Roldán –le dijo Lombardero, ese flaco altísimo que había sido rubio, y que hace unos años vino a pasar unos días en una quintita que tiene por acá, y ya nunca volvió a pasar del boliche, para el pueblo. Las hijas vienen a verlo, de vez en cuando.

–Lo dice por un poeta que hubo –dijo Arispe, que con los años había aprendido que para tener boliche hay que ser traductor.

Pero ese día estaba el loco Toledo, o algún otro loco –que siempre venimos– y se lo dijo, como sabiendo:

–No veo el chiste –dijeron, uno dijo–; hablar así no es ser poeta, sino decir la verdad –y todo el mundo se quedó callado un rato, como Dios venía mandando.

Esa vez, no llovía.

–Repita, entonces –dijo Arispe, por fin.

–Que el tronco arde más que nunca justo cuando se está por consumir para siempre –dijo Belisario.

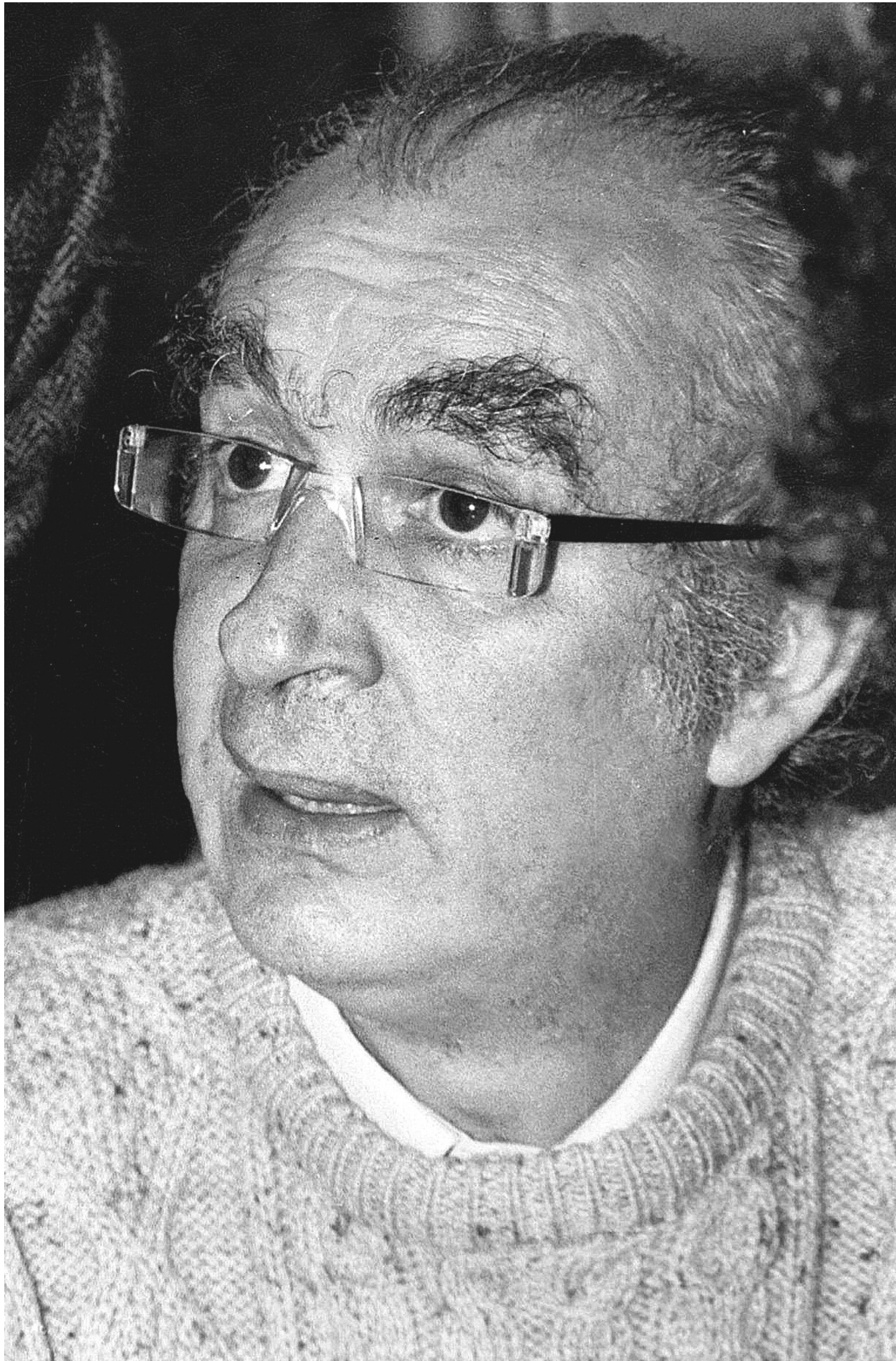
–Antes no dijo consumir, pero valga –terció un tercero, el de los botes, haciendo sonar las botas de goma, una contra otra, con ese chirrido insoportable que ya conocíamos y a veces hasta nos asustaba. Y después:

–La pucha que se nos ha puesto observador –dijo, sin mucho entusiasmo en la be.

–Todos nos hemos puesto –dijo Arispe, y señaló el fuego–. O serán los años.

Podía tener razón con las palabras, pero con el dedo estuvo más cerca. Eran los años y ese fogón con tiraje afuera, que Arispe había hecho hacer en el boliche después que le contaron que la boite del pueblo tiene uno. Justo en el rincón de la pared de la ventana y de la pared sin nada, que da para el lado del pueblo. Desde hacía un invierno y algo, desde que se quemaban esos troncos en el fondo, como en casa de ricos, nos íbamos a mirar las llamaradas, y todos nos callábamos más o hablábamos más.

A la mayoría se les había dado por llegar a la tardecita, cuando empezaba el frío y había que prender el fuego. Era un momento raro, entreverado: todos decían que la leña así y las ramitas asá. Pero a la primera luz alta pegando en los ladrillos, había una parte alegre y triste, un tajo en el tiempo que nos hacía callar. Y después de ese tajo, antes de volver a callarse, todos hablaban a la vez. Así que con los días hubo que ordenar las cosas. A veces, cada uno imaginaba lo que quería y hablaba lo que quería; otras, de entrada nomás, y por votación, se marcaba a qué se parecían los troncos que empezaban a arder y, de hablar, se los hacía dentro de la historia. Otras veces se permitía que la historia fuera cambiando. Que los que habían empezado siendo caballos fueran hombres, de repente. El loco Toledo siempre veía caballos; Arispe, mujeres. Eran los que más discutían, los que más peleaban. Así que casi siempre, en el fuego, había mujeres y caballos. Pero vaya a saber qué pensaba cada uno, qué cosas callaba cada uno, después. El peón de San Manuel y el puestero, los de las barajas, al costado de todo, se lo pasaban apostando entre ellos: que qué tronco se quemaba antes, que para qué lado se iban a caer.



Era día de Arispe. Los troncos eran, o habían sido, como mujer y hombre prendidos. Arispe dijo:

–El fuego da lo que ya no sirve para nada –y medio se durmió.

–El humo –iba a decir dos o tres días más tarde, cuando le preguntaran, pero esa vez se durmió.

Hizo ruidos, el fuego, y los dos troncos grandes –esas raíces retorcidas, con brazos para todos lados; esa tormenta de ojos, caras, cuerpos, animales, montañas, campos, amaneceres y atardeceres, que habíamos simplificado en un hombre y una mujer– se juntaron suavemente. El otro tronco, la mujer, se le acomodó. En el pecho, se acomodó.

Por eso no supimos que había entrado el hombre. El fuego nos iba distrayendo del mundo, como decía Arispe. Pero mejor. Ahora que se piensa bien ni era de noche. A veces pasa. Por el rebenque, el hombre había venido de a caballo. Ni los galopes sentíamos, de tanto ruido a tronco en tren de quemarse, como decía el Francés, cuando venía.

–Sírvase usted –le dijo el de los botes, y siguió mirando el fuego, después de señalar a Arispe, que cabeceaba.

Pero el hombre quería que lo miráramos, qué embromar. Venía de lejos, y quería que lo miráramos. Se acomodó en la mitad de la luz, frente al mostrador, y pegó con el talero en el estaño, entre los vasos. Arispe se despertó. Antes lo hubiera sentado de un sopapo. Ahora le dijo:

–Mejor espere, don.

Y se vino hasta el fuego, acomodó una rama, la vio crepitar, retorcerse, desaparecer entre los troncos grandes, ser ceniza. Quiere decir que oyó el ruido de prenderse, el ruido de irse consumiendo, el ruidito final. Entonces, recién, se dio vuelta. El otro todavía lo estaba mirando y le dijo:

–Está bien, don Arispe, ya esperé.

Pero Arispe no le preguntó de dónde sabía su nombre. Nosotros tampoco. Arispe le sirvió y el otro no preguntó cómo sabía que tomaba ginebra. Se miraron.

–Me dijeron que acá uno viene y cuenta su historia –dijo el hombre. Tenía una camisa como azul, abierta adelante, y faja negra, de vasco. Pero todavía no le mirábamos la cara. Al rato dijo: –Y que se la escucha, me dijeron.

Arispe le dijo que a veces sí. En la estufa, el caballo del Loco se montaba a la mujer que había sido de Arispe. La mujer iba cediendo, dulce, duramente. El Loco estiró uno de los fierros y acomodó mejor su caballo.

–Ahora el fuego se tiene que reflejar en el fierro y dar color rojizo –dijo el Loco, para disimular.

–Se refleja –dijo desde el mostrador el que había llegado–. Como mi víbora.

Así que Arispe le dijo:

–¿A ver?

–Que de noche sueño que acá adentro me está creciendo una víbora –dijo el hombre–, y que cada noche se hace más grande y más grande y a mí no me importa y lo único que quiero saber es si cuando de tan grande que sea la víbora yo me muera, lo único que quiero saber es si la víbora vivirá.

Nos miramos.

–Puede vivir o no, quién le dice –dijo Arispe.

–Además no se refleja –dijo Toledo.

–Por ahora –alcanzó a decir el forastero, al final.

SOBRE GUSTOS...

En un cumpleaños comunitario, cada festejado recibió como regalo su torta preferida. Deduzca cuántos años cumplió cada uno, y cuál era el bizcochuelo y el relleno de la torta que recibió.

1. La fanática del merengue no come chocolate y, sin ser la persona que más años cumple, ya dejó atrás los veinte.
2. El benjamín del grupo es Carlos y su torta, a base de vainilla, no está rellena de dulce de leche ni de mermelada.
3. Ana cumple 9 años más que quien prefiere el bizcochuelo de frutilla.
4. La torta que lleva relleno de duraznos no es la de Esther.
5. Esther cumple el doble de años que la persona que prefiere el dulce de leche.
6. Diana quiso la torta de coco y mermelada.

		Edad: 20	21	30	39	42	Bizcochuelo: Banana	Chocolate	Coco	Frutilla	Vainilla	Relleno: Crema	Dulce de leche	Duraznos	Merengue	Mermelada
Festejados	Ana															
	Braulio															
	Carlos															
	Diana															
	Esther															
Relleno	Crema															
	Dulce de leche															
	Duraznos															
	Merengue															
	Mermelada															
Bizcochuelo	Banana															
	Chocolate															
	Coco															
	Frutilla															
	Vainilla															

Festejados	Edad	Bizcochuelo	Relleno

NUMERICO

			3		1	7	9	
3	7							
	6	2			9			5
8					7	1		
	2		8				5	
		7	5			9	3	
	3	8				2		9
2	5					6		
			1					

PIRAMIDES NUMERICAS

Complete las pirámides colocando un número de una o más cifras en cada casilla, de modo tal que cada casilla contenga la suma de los dos números de las casillas inferiores. Como ayuda, van algunos ya indicados.

A.

26							
		29					
	3						
			7				
	1						
			0		3		
		0					

B.

	209						
135							
			47				
39		28					
				10			
			8				
	6						

C.

117							
32			69				
		12					
					27		
		2		6			
	4						

SOLUCIONES

NUMERICO

5	8	4	3	6	1	7	9	2
3	7	9	2	5	4	8	6	1
1	6	2	7	8	9	3	4	5
8	4	5	9	3	7	1	2	6
9	2	3	8	1	6	4	5	7
6	1	7	5	4	2	9	3	8
4	3	8	6	7	5	2	1	9
2	5	1	4	9	8	6	7	3
7	9	6	1	2	3	5	8	4

SOBRE GUSTOS...

PAGINA 35

Festejados	Edad	Bizcochuelo	Relleno
Ana	30	Banana	Merengue
Braulio	21	Frutilla	Dulce de leche
Carlos	20	Vainilla	Duraznos
Diana	39	Coco	Mermelada
Esther	42	Chocolate	Crema

PIRAMIDES NUMERICAS

A.

67
26 41
14 12 29
11 3 9 20
10 1 2 7 13
9 1 0 2 5 8
8 1 0 0 2 3 5
7 1 0 0 0 2 1 4

B.

456
247 209
135 112 97
73 62 50 47
39 34 28 22 25
21 18 16 12 10 15
11 10 8 8 4 6 9
5 6 4 4 4 0 6 3

C.

284
117 167
56 61 106
32 24 37 69
20 12 12 25 44
12 8 4 8 17 27
6 6 2 2 6 11 16
2 4 2 0 2 4 7 9